

Alejo Carpentier, a la hora del recuerdo y del recuento



EN aquellas mañanas del lunes me dirigía a impartir las clases como un día más, cuando, antes de subir las escalinatas que conducen al centro oficial, un alumno —de esos pocos que gustan de la lectura, de aquellos que no consideran la lectura como un suplicio— me dio la noticia a boca-jarro: "Alejo Carpentier ha muerto". No lo podía creer, no lo quería creer. Algo en el interior se rebela contra lo inexorable. Me quedé mudo, lívido ante la noticia. El alumno me preguntó: «¿Le gusta Carpentier?». En aquel momento me hubiera gustado decirle que sí, que mucho, que había gastado días en deleitarme ante las páginas puras y mágicas, reales y míticas o épicas de este cubano excepcional; me hubiera gustado decirle que su prosa barroca, perfecta, jugosa, metafórica, rica hasta la saciedad, abundante hasta la lujuria, tremendamente capaz de expresar lo minúsculo, lo menudo, el más mínimo detalle o bien de elevarse, en vuelo presto, desde una alta atalaya y retratar todo un país, un continente o todo un mundo, me parecía perfecta. Me hubiera gustado decirle que su prosa me traía a veces resonancias viejas (cervantinas y quevedescas sobre todo) y a veces sabores nuevos; le hubiera dicho que su prosa límpida y sensual me recordaba en cierta medida la de aquellos narradores de la generación novecentista u orteguiana; que tenía su prosa la sensualidad mironiana, la riqueza y precisión azoriniana, la hondura unamunesca, el sentido de la narración barroquiana y sobre todo una pasión por la vida, por la literatura y el arte.

No sé si le seguiría interesando a mi alumno la compleja personalidad de Carpentier. Si hubiese sido franca su mirada, probablemente le hubiese añadido que Carpentier era un auténtico intelectual en búsqueda continua y constante, con una vasta, variada y dilatada cultura, un hombre tremendamente interesado por el presente y el pasado político (el dictador en «El recurso del método», la revolución cubana en «La consagración de la primavera», la revolución francesa en la isla de Guadalupe en «El siglo de las luces», etcétera), interesado en las cuestiones artísticas y sociales, tremendamente inquieto y preocupado por esta nuestra civilización occidental que tantas y repetidas veces aflora en sus páginas; le explicaría el juicio negativo que le merecía este mundo nuestro tan inquieto como angustioso, tan trágico como agotado y, por otra parte, su deseo de buscar, indagar y descubrir las huellas de identidad en «Ecue-Yamba-O», «El reino de este mundo», «El arpa y la sombra», «La consagración de la primavera», etcétera, su pasión de vivir, la pasión de escribir de Carpentier no es sino su gran sueño: América.

En la obra de Carpentier se entremezclan continuamente, se conjuganacompañadas por una parte sus experiencias reales (su nacimiento cubano, su educación europea, occidental, sus estancias en Venezuela, Francia, España, etcétera) y

una serie de elementos imaginativos de enorme eficacia; de esa manera y a lo largo de una obra que no es excesivamente amplia, Carpentier nos ha suministrado un cúmulo de informaciones vivenciales y novelescas de indudable valor; así observamos en sus obras las relaciones que el héroe intelectual y maduro mantiene con relación a su época y con los hombres, la decadencia de la civilización mecanizada, los elementos positivos de América y la interpretación siempre importante del tema tiempo.

En la obra de Carpentier nos embarcamos todos en un largo viaje, en la mayor parte simbólico y metafórico, que nos lleva desde la Francia vanguardista, decadente o existencialista, al Madrid de la guerra civil; desde la Cuba de Fidel a la Valencia del congreso de escritores; desde la visión idealizada de una África mandinga a la selva venezolana y siempre «palpando, valorando, sopesando», como si estuviésemos «allí», por el prodigio de su verbo, por la difícil facilidad de su palabra.

La aventura geográfica no es la única. Carpentier es capaz, en breves líneas, de desplazarnos, en un sinfónico concierto, desde el siglo XX (su gran preocupación) al mundo neoclásico del «siglo de las luces», al mundo paleolítico o neolítico de «Los pasos perdidos» porque como dice Fernando Alegria «le obsesiona la idea de traspasar los límites del tiempo, de superarlos y conseguir una síntesis histórica y monumental en que el hombre cambia de circunstancias, pero no de esencias y, en el fondo, repite una eterna fábula cuyo diseño es posible captar y fijar en una obra de arte».

En sus páginas se trasluce a veces el monólogo de Joyce, el mundo del recuerdo proustiano, la angustia sartriana, el amor camusiano a la libertad, el sentido revolucionario castrista, el mundo iconoclasta de los movimientos de vanguardia, etcétera (sucesos que de alguna manera vivió), entretelado todo con frecuentes visitas al mundo de los mitos griegos (Prometeo, Sísifo, Ulises), recuerdos de sus innumerables lecturas y el mundo —fundamental en la obra de Carpentier— sobrenatural, mítico y mágico del mundo hispanoamericano. Su obra, como ya queda dicho, se expande por una acera occidental y una amplia avenida americana.

La vastedad de su cultura se desborda en motivos musicales (de todos es sabido su dedicación a este arte, incluso se habla de músico frustrado); en sus obras se aprecian sus conocimientos de autores, partituras, objetos e incluso teorías acerca del origen de la música. No se agotan con mucho ahí la enciclopédica sabiduría de Carpentier ya que la arquitectura, la economía, la filosofía, el sexo, las distintas ideologías como capitalismo y marxismo, los distintos hechos históricos y períodos pictóricos, hacen de sus obras auténticos compendios culturales, que nos hacen pensar que a Carpentier nada le era ajeno.

Definitivamente le hubiera dicho a mi alumno —si hubiera tenido la paciencia de aguantarme— que hemos perdido un hombre, un intelectual, un filósofo y observador de nuestro tiempo, un mitólogo y épico de un mundo sobrenatural, mágico, pero creo, sin dudar, que hemos ganado un ser para la eternidad.

Ramón Jiménez Madrid



La poesía no interesa

Juan Pastor

Comentarios de arte

CIVILIZACION SUMERIA, EN LA CASA DE LA CULTURA

Muchos lectores asociarán a los sumerios con aquellas primeras semanas del curso en bachillerato; cuando en el libro de Historia iban cayendo las civilizaciones barridas por los siglos como las hojas de los árboles en aquellos días de otoño. Y ahora, patrocinados al alimón por el Centro Cultural Iraquí y el ministerio de Cultura, se nos presentan en nuestra ciudad, en exactísimas reproducciones, las estatuillas de grandes ojos enigmáticos, las tablillas cuneiformes, los esquemas de las torres escalonadas, y un montón más de cacharros que conocíamos por las estampas de los libros. Uno lamenta en estos casos no ser arqueólogo para sacarles todo el jugo a los vestigios de la Historia y leerse de un tirón los complicados escritos de aquella gente; pero, aun para los profanos con un mínimo de curiosidad, resulta sugerente y merece la pena una visita.

Sin embargo el comentarista de arte no puede dejar de adoptar el punto de vista de la estética. Y resulta que los sumerios eran unos señores que hace dos mil y pico de años tenían su buen gusto y su sentido artístico. Lograban imprimir a sus obras una belleza hierática y equilibrada, simplificando las formas a través de un juego de superficies tersas muy agradables al espectador actual. Una vez más hay que convencerse de que en materia de arte es importante buscar las raíces, aunque estén nada menos que en la Mesopotamia.

OBRAS INGRESADAS EN EL MUSEO DE BELLAS ARTES

Algún día tendré que ocuparme en esta página de nuestro Museo Provincial de Bellas Artes, porque, como suele suceder con las cosas que están muy a la mano, lo tenemos un tanto olvidado los aficionados a las artes plásticas. Realmente merece la pena visitarlo, puesto que ofrece, admirablemente instalada, una hermosa colección de pintura y escultura murciana de todas las épocas e incluso algunas obras de autores muy destacados en la historia del arte universal. Además, y este es otro aspecto destacable, sus fondos no se han quedado detenidos en el pasado, sino que se han seguido enriqueciendo con aportaciones de artistas contemporáneos, hasta el punto de resultar su espacio insuficiente y quedar sin exponer algunas obras.

Pero las creaciones artísticas están concebidas para ser vistas y ha sido un acierto de la dirección del museo exhibir ahora las obras que han ingresado en el período de 1975-80. De este modo podemos contemplar en exposición colectiva pinturas, dibujos y esculturas de Ramón Gaya, Salvador Gil Béjar, Guillermo Azcoitia, Angela Doppioni, Albert Casals, Luis Rey Polo, Joaquín Pujol, José Hernández Ortuño, Fulgencio Saura Pacheco, Jaime Dengra, José Luis Galindo, Francisco Val, José María Parraga, Manuel Ruiz, Cerberus, Manuel Avellaneda, Ernesto Bailo, y una tabaquera romántica del siglo XIX.

ANTONIO DIAZ BAUTISTA

La poesía, ya se sabe, no interesa, y la poesía de los demás, menos aún; pero lo que ya marca mínimos es la presentación de la poesía de los demás. Juan Pastor, charnego con seny, nos presentó en el salón de actos del Belluga su último libro «El y la sombra del último viaje», a no más de veinte cuerpos diseminados por el largo salón colegial.

Juan Pastor, machadiano de verso libre en clave brechtiana, montó un happening mixto de visualización y sonoridad para dar fondo a su verso aún caliente del horno tipográfico. Las pinturas negras de Goya daban luz a unos wagnerianos efectos especiales de tormenta sobrepuestos a un pentagrama de expresiva angustia, mientras la voz de Juan, sin buscar eufemismos, desgarraba los versos. Luego La Primavera de Viraldí, juguetera, barroca y viaz, se dio de patadas con las negruras, visuales y semánticas, de don Francisco; no sabré nunca si Juan Pastor, lírico autodidacta y emprendedor, nos quiso golpear con el contraste o se trató de un «pequeño» fallo de sincronización achacable a alguno de los responsables incluidos en el poblado «dramatis personae» del programa de mano.

El coloquio de rigor nos descubrió a un poeta preocupado por que su poesía vea la luz, por huir de la carpeta vergonzante que vegeta en el cajón sagrado de lo personal. Con eso creo que ya es suficiente, si además se consigue ser editado en México, como Juan Pastor, mucho mejor.

S. DELGADO